

CAPÍTULO XXX.

Luis XIV y su carácter. — El P. Annat, su confesor. — Constitúyese mediador entre el Pontífice y el Monarca en el asunto de la guardia corsa. — Los Jesuitas bajo el reinado de Luis XIV. — El P. Canaye en Dunkerque. — Misiones de Bretaña. — Las casas de retiro. — El P. Chaurand y los pobres. — Creacion de los asilos de mendicidad. — Llama Inocencio XII á Roma al P. Chaurand. — Bourdaloue en la corte. — *Tu es ille vir.* — Muerte del Padre Annat. — Sucédele en su cargo de confesor el P. Ferrier. — Carácter del Jesuita. — Encárgale Luis XIV de la lista de los beneficios. — El P. Francisco Lachaise. — Su retrato. — Ascendiente que toma sobre Luis. — Aleja de su lado á la marquesa de Montespan. — Retrato del Papa Inocencio XII. — Asunto de la regalía. — Los Jesuitas en Pamiers. — Resistencia del obispo á las órdenes del Monarca. — Es apoyado por el Papa. — Envía á los Jesuitas varios rescriptos conminatorios. — Son citados los Padres ante los parlamentos de Paris y Tolosa. — Es elogiada su prudencia. — Excomunion lanzada contra el Monarca. — Niéganse los Jesuitas á publicar la bula que les ha remitido el Papa. — Asamblea del clero francés. — Disposicion de los ánimos. — Bossuet en la Asamblea general de 1682. — Libertades llamadas de la Iglesia galicana. — Declaracion de los cuatro artículos. — Opone la Sorbona una resistencia tácita. — No consiente Luis XIV que firmen los Jesuitas la declaracion de enseñar los cuatro artículos. — Motivos religioso-políticos de esta órden. — El P. Lachaise y el General de los Jesuitas. — Cartas del P. Lachaise sobre los resultados de la declaracion. — Gestiones conciliadoras por parte del Rey y los obispos cerca de la Santa Sede. — Carta de Luis XIV. — Las libertades galicanas y los revolucionarios. — Conducta de los Jesuitas en estas graves circunstancias. — Los Protestantes y el edicto de Nantes. — Colbert y Bourdaloue. — Plan que se proponen los Jesuitas para exterminar la herejía. — El P. Dez en Estrasburgo. — Madama de Maintenon y Luis XIV. — Opónese Lachaise á su matrimonio. — Los Jesuitas fraccionados sobre la oportunidad de la revocacion del edicto de Nantes. — Es acusado el P. Lachaise. — El canciller Letellier y su hijo Louvois. — Inauguran los Jesuitas sus misiones entre los Protestantes. — Bourdaloue y La Rue. — Poco efecto que producen estas misiones. — La revocacion del edicto de Nantes suscita la persecucion contra los Jesuitas de Holanda. — Su posicion en este país. — Medidas tomadas por ellos. — Su memoria á los Estados generales. — El arzobispo de Sebaste y los Jansenistas. — Causas de la persecucion. — Los Jesuitas en los Estados generales. — Escriben á Roma por órden de aquellos. — El cardenal Paulucci. — Vense proscritos. — Su persecucion. — Son desterrados de Sicilia. — Su regreso. — Conversion de la fa-

milia electoral de Sajonia. — Los PP. Vota y Salerno. — El P. Vota en Polonia con Federico Augusto. — El P. Salerno en la corte de Sajonia. — Convierte al catolicismo al príncipe hereditario. — Hácete casarse con una archiduquesa de Austria. — Salerno es promovido al cardenalato. — Eleva Clemente XI á esta dignidad á otros dos Jesuitas. — Tolomei y Cienfuegos. — Son extrañados de Rusia los Jesuitas por Pedro el Grande. — Las congregaciones generales. — El P. Carlos Noyelle es elegido General de la Sociedad después de Oliva. — Su muerte. — Eleccion de Tirso Gonzalez. — Su carácter. — Sucédele Miguel Angel Tamburini. — Apostolado de Francisco de Gerónimo.

El reinado de Enrique IV, el ministerio de Richelieu y Mazarini, y la educacion de los Jesuitas, habian preparado uno de esos siglos que constituyen época en los anales del mundo: solo restaba encontrar un príncipe capaz de continuar la obra tan penosamente elaborada, cuando nació Luis XIV. Dotado este Príncipe de todo el ardor de la juventud y de las pasiones, hermoso como la esperanza, y abrigando en el mas alto grado la conviccion de su fuerza y del honor de su país, iba á recoger la triple herencia que habian legado á su inexperiencia estos tres grandes hombres. Los placeres, los torneos y los amores caballerescos debian ser su única ocupacion; pero quiso ser rey desde el mismo día de la muerte de Mazarini, y lo fue efectivamente en toda la majestad de este título. Arrullado en su infancia por los tumultos de la Fronde, ó por las obsequiosidades del círculo en que Ana de Austria, su madre, unia la vivacidad y gentileza españolas á la finura de la conversacion francesa, habia en su juventud abandonado las riendas del gobierno al ministro de su minoría; pero, una vez muerto este, se sintió llamado Luis á gobernar por sí mismo, pasando sin transicion á ser popular y justo, magnifico y económico, conquistador y licurgo. El instinto del poder le reveló el conocimiento de los hombres y de los negocios; el orgullo de mandar á la Francia le enseñó el papel que debía representar en Europa; y aquella cabeza tan esplendente bajo los diamantes de la corona, no consintió jamás el menor sacrificio de la dignidad nacional. Luis XIV honró á su patria en las victorias, así como en los reveses; inspiróla la idea de tener fe en sus ilustres capitanes, en sus poderosos administradores, en sus célebres escritores, y principalmente en su pueblo, en ese pueblo á quien enardecen todas las pasiones generosas; en una palabra, Luis XIV tuvo en el trono el buen sentido que dirige al genio.

Comprendiendo los Jesuitas que bajo el gobierno de un monarca que nada dejaba que hacer á los otros no tenian ya que temer aquella inestabilidad legal con que les amenazaba continuamente la magistratura, se dispusieron á trabajar, así en la corte como en sus colegios, ya en Paris como en el interior de las provincias, por la prosperidad de la Religion y de la enseñanza. Luis, con su omnipotencia inexperta, necesitaba un mentor ilustrado; le buscó, y le halló en el P. Annat, su director espiritual.

Francisco Annat, nacido en Rodes el 5 de febrero de 1591, era una de esas naturalezas rígidas y buenas, como tantas otras suministradas á la Iglesia por las montañas del Rouergue. Su ruda franqueza, su ciencia profunda, pero que el contacto de la corte no habia podido hacer elegante, y su fisonomía tan llena de sencillez como de delicadeza, comunicaban á este Jesuita un carácter particular. Después de haber desempeñado sin fausto, pero con un mérito incontestable, los primeros cargos de su Instituto, hallábase hacia ya largo tiempo desempeñando el de confesor del Monarca, cuando vino un suceso inesperado á enemistar al Jefe de la Iglesia con Luis XIV, que pretendia ser el primero siempre y en todas partes. Impulsado este Príncipe por su orgullo natural, realzado con tantas victorias y tantas paces ventajosas, no solo no atendia á razones que contrariasen sus derechos de preferencia, sino que para robustecer su autoridad en el interior, queria ver respetado en el exterior el nombre de su país. Ya en otro conflicto semejante, ocurrido á fines del año de 1569 entre los embajadores de España y Francia, los condes de Watteville y de Estrades, habia tomado medidas tan decisivas que, intimidado su suegro Felipe IV, se sometió á sus exigencias, y reconoció que el nieto de Carlos V debía ceder el paso al sucesor de Francisco I. Un año después se vió el Monarca comprometido en una querrela del mismo género; pero esta vez era la cuestion algo más espinosa, porque Luis tenia ahora que habérselas con la corte de Roma. El motivo fue el siguiente: Decíase que el embajador cerca de la Santa Sede, duque de Crequi, toleraba los desmanes de sus criados, quienes habian insultado á una compañia corsa de la guardia pontificia. No cabe duda que el Monarca francés no hubiera eludido ni dilatado la reparacion del ultraje; pero facultando á los insultados para vengar su causa, asaltaron el palacio del Duque, asestaron algunos tiros al coché de la em-

bajadora, é hirieron y mataron á varios franceses. Llegada á oídos de Luis la noticia de este atentado contra el derecho de gentes, se apoderó del condado Venesino, y envió á decir á Alejandro VII, que si no se le otorgaba al momento una completa y ruidosa satisfacción, pasaria los Alpes á la cabeza de su ejército, y no pararia hasta el Capitolio.

La posicion de los Jesuitas entre la Francia y la Santa Sede era en extremo difícil. No se le ocultaba al P. Annat el respeto que profesaba Luis á la Silla apostólica; pero tampoco ignoraba que su orgullo justamente irritado no cederia ante consideraciones de ninguna especie. Los derechos de la Iglesia no entraban para nada en este debate; pero tal vez pudieran verse comprometidos por los azares de una guerra. El P. Annat, á instancias del Rey, se constituyó mediador oficioso entre este y el Papa, que acababa de apelar, aunque en vano, á los príncipes católicos, porque todos ellos rehusaron el honor de defender á la corte romana contra las armas francesas. El Papa habia permanecido neutral al insulto que el cardenal de Chigi, su sobrino, habia autorizado ó al menos dejado impune; circunstancia de que supo aprovecharse Annat para defender cerca de Alejandro y Luis los derechos de cada uno, al paso que para atenuar los agravios mutuos, y escribió al General de la Compañía en 18 de enero de 1668 en los términos siguientes:

«No puedo menos de comunicar á V. P. mi extremado dolor al ver frustrada la esperanza que habia concebido de la próxima reconciliacion entre el soberano Pontífice y el Rey Cristianísimo, reconciliacion que á primera vista pareciera fácil entre dos corazones, amigos ambos de la concordia; pero ignoro á qué enojosa coincidencia de sucesos deba atribuir el trastorno de todas mis previsiones. El Rey Cristianísimo toma á su pesar la ofensiva; pero su misma repugnancia es una prueba de la constante energía con que llevará á cabo su resolucion hasta haber obtenido una reparacion completa. El mismo Santo Padre le ha condesado la atrocidad del insulto hecho á la Francia en medio de Roma, y no por uno ó dos individuos, sino por una multitud de soldados de la guardia corsa. El Rey se queja de que habiendo sido público el ultraje, no se haya podido descubrir en cuatro ó cinco meses uno solo de los autores ó promotores de este delito, ó al menos uno que se halle complicado en él por su

«negligencia en prevenir, contener ó castigar á los culpables.

«V. P. comprende mejor de lo que pudiera yo expresarlas las desastrosas consecuencias de esta querella. Está en la mano de las partes beligerantes el comenzar una guerra, pero no depende siempre de ellas el terminarla. El inminente peligro que amenaza en este reino á la santa jerarquía eclesiástica, y la ruptura de toda subordinacion, son para mi alma un fuego devorador que consume de un modo increíble. No he oido hablar hasta ahora de renovar la pragmática-sancion: únicamente sé, que uno de los primeros ministros se ocupa en la actualidad del método que se ha de seguir para arreglar los asuntos de la Iglesia de Francia, caso de interrumpirse con la guerra toda comunicacion con la Santa Sede. Dicese que los parlamentos serán asociados á esta administracion. Habrá solamente una asamblea de obispos á la cual se consultará; dividiránse los pareceres, y temo mucho que esto ocasione un desastre á la Iglesia. Si durante las hostilidades se va introduciendo en los ánimos la costumbre de violar los derechos de la Santa Sede, será difícil renunciar á un sistema de un gobierno eclesiástico, cuya abolicion exigirá Roma, pero que la Francia no querrá tal vez abandonar, porque habrá principiado con ciertas apariencias de justicia. En suma, este negocio es de tal naturaleza, que la Iglesia tiene quizás que temer mas de la victoria que de la derrota. Los franceses vencidos, y contando entre ellos una multitud de herejes, ¿no se inclinarán exasperados á entregarse en brazos de la herejía, ó cuando menos del cisma?

«Por lo que á mí toca, puedo prometerme que con el favor de Dios no faltaré á mi deber; pero ¿qué puede una débil caña contra el ímpetu del torrente? Si á todo esto se añade que, á mas de volver á resucitar en perjuicio nuestro la antigua acusacion de papismo, vemos, por una carta escrita últimamente en Roma bajo este sentido, se han debilitado notablemente nuestros esfuerzos, maravilla será que no nos alcance esta tempestad: mucho mas cuando observamos coligarse en esta ocasion los sectarios antiguos y modernos, enemigos todos de nuestro Instituto.

«Puedo asegurar que el Rey Cristianísimo tiene en grande estima al sumo Pontífice, habla de él con mucho respeto, y no se olvida de reconocerle como jefe visible de la Iglesia; pero tam-

«bien está persuadido de que es una obligación suya el no dejar «envilecer la majestad real tan cruelmente ultrajada. Cuando la «Santa Sede se proponía enviar á Paris un legado, oí decir al «Rey, que le acogeria con mas honores que de costumbre. Creo «que será sumamente agradable á V. P. el leer aquí el testimo- «nio de gratitud que debo al cardenal Antonio ¹, quien conduce «este negocio á las mil maravillas; tratando de conciliar los de- «rechos que se agitan, y prestar al Rey los servicios que se le «deben, sin faltar en nada á sus deberes para con el Jefe de la «Iglesia.»

La corte romana conservaba en sus relaciones diplomáticas con los príncipes una convicción tan elevada de su dignidad, que aun á sus mismos agentes era costosísimo el confesar faltas personales. La carta del P. Annat no dejaba lugar á la incertidumbre: era indispensable suscribir á la reparacion que exigia Luis XIV, ó arrostrar las consecuencias de una guerra, cuyas calamidades religiosas enumeraba diestramente el Jesuita. Alejandro VII prefirió sacrificar el orgullo de sus ministros que la integridad de la tiara. El mismo cardenal Chigi pasó en persona á ofrecer al Rey las excusas del Papa; y para eternizar la memoria de la reparacion que el hijo mayor de la Iglesia ofrecia á su madre, levantaron una pirámide en el centro de la ciudad pontificia. Habíase mostrado el Jesuita tan adicto al Vaticano y al trono de Francia, que Luis XIV le agradeció el haber calmado su enojo, al paso que el Pontífice le expresó su gratitud por medio de un breve en que elogiaba su afortunada intervencion. Hé aquí la contestacion que dió el Jesuita al rescripto del Papa con fecha 16 de octubre de 1664: «No ha podido menos de confundirme la lectura del «breve con que se ha dignado honrarme Vuestra Santidad, favor «que de ningun modo he merecido, ni tenia derecho alguno á es- «perar. Cuando Vuestra Santidad tuvo á bien recomendarme el «asunto, cuya conclusion fue confiada al ilustre nuncio, arzobispo «de Tarso, acogí la insinuacion como un precepto, y el precepto «como un beneficio. Parece que no será difícil hacerle apreciar «al Rey Cristianísimo los piadosos proyectos y justas exigencias de «Vuestra Santidad; porque todo lo que interesa al culto divino y al «incremento de la fe, es negocio para él de la mas alta importan-

¹ El cardenal Antonio Barberini, capellan mayor del Rey y arzobispo de Reims.

«cia, como diariamente lo demuestra por medio de innumerables «testimonios. No dudo tampoco que ofrecerá en adelante pruebas «mas palpables de su celo, mucho mas cuando está próxima á «restablecerse la concordia entre la Silla apostólica y S. R. M., «como conviene que subsista entre el mejor de los padres y el «mejor de los hijos.»

Los Jesuitas eran para Luis XIV, cuando se hallaba en toda la embriaguez de su pujanza y de sus pasiones, un freno moderador, y procuraban dirigir hácia el bien las eminentes cualidades que desplegaba. Rodeado de aduladores y de poetas, á quienes una palabra de su boca, un solo signo de su mano, una sola mirada colmaba de felicidad, ó sumia en la desesperacion; amante de la gloria hasta el delirio, y no sabiendo jamás, á imitacion del Monarca su abuelo, resistir á las seducciones del amor, hubiera podido muy bien este Príncipe eludir los consejos de un anciano, cuya austeridad de principios era para él una acusacion perpetua. La historia y la poesia han consagrado la memoria de la señorita de Lavailliere; pero guardóse muy bien el P. Annat de asociarse al entusiasmo universal. En un tiempo en que los aduladores de la majestad deificaban á Luis XIV, adoptando como virtudes sus mismos vicios, los Jesuitas declararon la guerra á su corazon, «y el P. Annat, según la expresion de Bayle ¹, llenaba «de amargura los dias de este Príncipe, y no le dejaba momento «alguno de reposo.»

Y no se contentó la Compañía de Jesús, durante esta rápida sucesion de fiestas y combates, de placeres y victorias; que señalaron los treinta primeros años de reinado de Luis, con disfrutar á la sombra del trono de un apoyo que jamás le faltó. No creyéndose únicamente nacida para vivir en la corte, ni creyendo haber desempeñado su mision, cuando había logrado inspirar sentimientos piadosos á alguna grande familia; desvelada en las atenciones necesarias á la educacion francesa, jamás perdía de vista que se debia toda entera á la conversion de los herejes, y al sostenimiento del catolicismo en las provincias. El reino disfrutaba de una paz octaviana que la permitía regularizar el celo; Luis XIV la otorgaba tambien toda la latitud posible; y encontrando en su seno bastante número de individuos para popularizar su triple apostolado, se aprovecharon de la benigni-

¹ Bayle, *Diccionario histórico*, artículo *Annat*.

dad del Monarca, marchando á imitacion de este de triunfo en triunfo.

Después de la batalla de las Dunas, en la que batió Turena en 1568 al príncipe de Condé y á D. Juan de Austria, fue cedida á los ingleses la ciudad de Dunkerque; mas no sin que Mazarini, que á la sazón se hallaba todavía al frente del gobierno de la Francia, especificase en las cláusulas del tratado, que el P. Juan Canaye debería quedarse en la ciudad, bajo el título de *rerum catholicarum moderator*, con el objeto de proteger la fe de sus habitantes. Pensaba la Francia reivindicar mas adelante esta plaza marítima; y no queriendo el Cardenal ministro otorgar á la Inglaterra todos los derechos de propiedad, trataba de enlazarla al suelo francés por la identidad de culto. El Jesuita que habia recibido la misión de fomentar el patriotismo y la Religion en los corazones, supo preservarlos tan perfectamente de los errores del anglicanismo, á pesar de encontrarse bajo el influjo de su bandera, que cuando rescató Luis XIV á Dunkerque en el año de 1662 después de la paz de los Pirineos, no halló en esta poblacion mas que católicos y franceses. Los Jesuitas del colegio de La Flecha fueron testigos en la misma época de una nueva victoria sobre el anglicanismo. Acababa de abjurar la herejía la condesa de Sussex, su hijo y toda su familia, ejemplo que fue imitado en Paris por el conde de Suze y la marquesa de Beauvau; en Alençon, por madama de Montpinson; en Uzes, por Luis de Croy; en Nimes, por Bagais, y últimamente en Meaux, por la familia de La Claye, ingresando todos ellos bajo la direccion de los Padres en el seno de la Iglesia católica. Y si esta buena y piadosa madre contaba por ellos unos nuevos fieles, la Sociedad de Jesús halló en las bendiciones del pueblo la recompensa que esperaba de sus trabajos. El conde de Dunois, hijo de Enrique de Orleans, duque de Longueville, pasó acompañado del gran Condé, su tío, á llamar á la puerta del noviciado, donde se consagró al Instituto, después de haber cedido sus derechos de primogenitura á su hermano Saint-Paul de Longueville, que perecerá mas tarde en el paso del Rhin. La Compañía de Ignacio compartía su ardor en todas las obras: veíanse algunos de sus individuos marchar en pos de los ejércitos, y morir como el P. La Borde en el seno de la victoria; mientras metidos otros en lo interior de las provincias y léjos del tumulto de los campamentos, fundaban sobre el año de 1664

varias casas de retiro, con arreglo al plan que su Fundador, y después de él san Vicente de Paul, habian concebido. En Bretaña, en ese país cuyo espíritu habian renovado los PP. Maunoir, Martín Rigoleu y Tomás Huby, fue donde se inauguraron las primeras casas de retiro. Maunoir habia hecho prodigios en esta provincia: el clero, el pueblo, la nobleza, todos se encendian en fervor al fuego de su palabra; por todas partes llevaba la conviccion en los ánimos y la reforma en las costumbres. Deseando perpetuar estos frutos de salvacion, asociáronse el abate de Kervilio, vicario general de Vannes, la señorita de Francheville y el P. Vicente Huby, con el objeto de dotar á su patria con algunas casas de retiro, donde los eclesiásticos, los seglares, y aun las mismas mujeres, debian separadamente volver á empaparse en la piedad. El P. Huby, cuya caridad era extremadamente ingeniosa, y que conocia el arte de conmover á los endurecidos, de fortificar á los débiles, reanimar á los tibios y alentar el fervor de todos, arregló los ejercicios y compuso las meditaciones. Habia tomado este Jesuita una santa iniciativa, que imitó toda la Bretaña, erigiendo establecimientos y asociaciones, á quienes se debió después la diffusion de la semilla religiosa.

Lo que tan buen éxito habia tenido en las orillas del Océano fue ensayado después en otras comarcas por otros Padres, obteniendo en todas ellas los mismos resultados. El P. Luis Le Valois, nacido en Autun en 1639, y cuyo celo habia tenido ocasion de admirar mas de una vez la Normandía entera, acudió á Paris con el objeto de continuar la obra, escogiendo el noviciado de la Compañía. El Monarca mismo, en medio de sus triunfos y placeres, asoció su nombre á una idea que contribuia á la tranquilidad de las familias y al buen orden de la Sociedad, mientras que el mariscal de Bellefonds, el amigo de Bossuet, que habia tomado una parte tan activa en la ereccion de estas casas de retiro, asistia á ellas confundido con todos los fieles de todas las clases, porque el P. Le Valois los habia establecido para que aprovecharan á todas ellas. Y si este Jesuita, á quien siguió Sanadon, empleó todos sus esfuerzos para propagar la moral y la instruccion entre los jornaleros, el P. Honorato Chaurand, otro de sus colegas, cuya vida fue una abnegacion continua, no quiso ser menos eficaz, ó por mejor decir, realizó por sí solo una institucion casi imposible á un Gobierno.